

A quien acusé de amante,
Y por mi causa murió
Del fuego á las impiedades,
Por haber yo sin acuerdo
Contra la opinion brillante
De Elena hablado engañosa,
Manchando su honor triunfante,
Siendo clara como el sol
Entre confusos celajes.
Falso testimonio fué,
Levantado por vengarme
De ella, porque rigurosa
Impidió mis liviandades.
Elena es honesta y casta,
Elena es de virtud grande,
Elena es matrona digna
De alabanzas inmortales:
Por mi padece sin culpa;
Pague yo, pues erré antes.
Por Dios el perdón te pido
A tí, engañado Don Jaime,
Para que pueda gozar
De los bienes celestiales.—
Don Jaime, viendo el suceso,
Con cólera formidable
Quiso matar á la negra;
Mas los huéspedes afables
Le estorbaron cometiese
Desatentado tan grande.
Parten en busca de Elena
Con presteza vigilante;
Abren las puertas del corto
Aposento, donde yace.
La ballaron, ¡qué gran dolor!
Difunta, ¡duros pesares!
Con las manos sobre el pecho
En un reposo suave,
Y la infausta calavera
A su lado; mas Don Jaime,
Con ternura y confusion,
Se abrazó con el cadáver
De su difunta consorte,
Diciendo palabras tales,
Que movían á compasion
Los endurecidos jaspes,
Ayudando al sentimiento
Sus criadas y sus pajes,
Y el resto de la familia,
Que estremecían el aire.
Los huéspedes admirados,
Con razones elegantes
A Don Jaime consolaban,
Procurando así aliviarle.
A este tiempo dió la negra
Fin á su vida cansable,
Y Don Jaime con dolor
Dispuso el cuerpo llevasen
De Elena á darle sepulcro
A la ciudad, y con piedades
Católicas, religiosas,
Las exequias funerales
Le hicieron con sentimiento
De extraños y naturales,
Que supieron el suceso
Con admiracion notable.
Los huéspedes generosos,
Al liberal hospedaje
Agradecidos y atentos,
Gracias le dan á Don Jaime,
Quien, liberal como experto
En casos tan admirables,
Les asistió cariñoso
Contra las necesidades.
Cerca de un mes estuvieron
Esperando el embarcarse
A España, y en la ocasion
De una genovesa nave,
Asistidos de dinero,
Ropa y demas equipaje.

De Don Jaime se despiden,
Pidiendo que les mandase,
Que prontos los dos estaban
Para obedecerle afables.
Dieron las velas al viento,
Rompiendo tersos cristales.
Don Jaime, desengañado
De los referidos lances,
Viendo del mundo engañoso
Los efectos miserables,
Su hacienda repartió á pobres
Liberal, pio y constante,
Y en un convento dichoso
De recoletos del Carmen
Tomó el hábito bendito,
Sirviendo á Dios inefable.
Dando aquí fin Juan Dionisio
A aquesta tercera parte,
Y pide que le perdonen
Los yerros, por ser muy grandes.

(Don Jaime de Aragon, Pliego suelto.)

1279.

DON ISIDRO Y DOÑA VIOLANTE, Y EL NEGRO DOMINGO.— I.

(De Juan Miguel de Fuentes.)

Escuchadme atentamente,
Amantes los de este siglo,
Los que en el amor teneis
Los mas heróicos prodigios,
Los que fundais mayorazgos
En fincas del dios Cupido,
Y á la mejor ocasion
Soleis perderlos por tibios;
Escuchadme atentamente,
Porque con vuestros sentidos
Palpeis bien vuestras tibiezas,
Porque no os precieis de finos.
Sucedió pues en Jerez
De la Frontera, un prodigio
Que es de admiracion y raro,
Y digno de referirlo.
Fué pues que en esta ciudad
Habitaba un Don Isidro,
Natural de Badajoz,
De sangre noble y muy rico,
Siéndolo tambien de amor,
Pero, como dije, tibio.
Amaba á cierta señora
Con un amor muy crecido,
Frecuentando las visitas,
Y en una la dama dijo:
—Señor Don Isidro, usted,
Si quiere ser mi marido,
Es menester que esta noche
Me saque de aqueste sitio,
Que el intento de mi padre
Es muy diferente al mio;
Y si ha de ser, á las doce
De la noche en este sitio
Espero á vuesamerced,
No haya falta, no, bien mio.—
Se despidió el caballero,
Y antes de marchar le dijo:
—Quédate adios, y procura
Hacer de tu ropa un lio.—
Despidiéronse amorosos
Con cortesanos estilos:
Fué á su casa el caballero,
Y para el caso previno
Darle cuenta á un negro suyo
Que se llamaba Domingo,
El cual negro, por taimado,
Se lo vendió á Don Isidro
Un caballero de Cádiz;
Era un negro muy ladino;
Y en fin le dijo al esclavo
El amo: — Sabrás, Domingo,

Como esta noche tenemos
Entre manos un designio:
Te has de poner punta en blanco
Y enjaezarme el tordillo,
Que armado aquí te procuro
Para que vayas conmigo.—
Dijole al amo: — Señor,
¿El lance es caso exquisito?
—Si, Domingo, es una dama
Hermosa, le ha respondido,
Llamada Doña Violante,
Hija de Don Diego Niño,
Natural de Gibraltar,
De linaje esclarecido,
Y vive junto á la Plaza
Arriado á San Isidro;
Y así te estarás en vela,
Mientras reposo un poquito.—
El negro, que atento escucha,
Taimado le ha respondido:
—Sosiéguese usted, señor,
Que no habrá falta en lo dicho.—
Acostóse el tibio amante,
Y así que el esclavo vido
Reposando al caballero,
Montando sobre el tordillo,
Y con una mascarilla
De lienzo como un armiño
Pasó la calle de Francos,
Y llegando á San Isidro
Dió el reloj las doce, y ella
Salió al balcon con sigilo
Dejando caer la escala
Y de sus ropas un lio.
Tomóla el negro á las ancas,
Y por ir tan escondido
Con la propia mascarilla,
Ella no le ha conocido.
Por la puerta de Sevilla
Salen á Santo Domingo;
Luego por las Tarazanas
Fuéron á dar al camino
De la Sierra, porque el negro
Tiró á ocultarse maligno.
Volvamos al tierno amante,
Que es razon llamarle tibio,
Que el que lo fué en este lance
Que aquí llevo referido,
Lo será sin duda alguna
Mientras viva en este siglo.
Despertó en fin asustado,
Llamando al negro Domingo;
Pero, por Dios, que se halló
Sin pájaro ya en el nido,
Que es como suelen decir
En aquel adagio antiguo,
Quien duerme, lagañas cria:
Así fué á mi Don Isidro.
Daba voces á su negro,
Juzgando que se ha dormido;
Y en fin halló las tres prendas
Distantes de su designio.
Salió á la calle sin capa,
Y como loco aburrido
Partió á buscar á Violante,
Y no hallándola, sin tino,
Echando ménos la dama,
Volvió otra vez aturrido
A su casa, hasta saber
Al otro dia el designio.
En este tiempo la dama
Ya habia reconocido
Al negro por lo grajuno
Y habérsele suelto un dicho;
Y así astuta discurrió
Un engaño de improviso
Para farsarse del negro,
El cual fué con este arbitrio:
Que al pasar la alcantarilla

Del Baralejo le dijo:
—¡Ay Don Isidro, mi bien!
Pára, que se me ha caído
El pañuelo, en que llevaba
Mis joyas y mis cintillos,
Y cantidad de dinero:
Apártame del camino
Donde esté segura, y vuelve
A buscarle de improviso.—
Con esta codicia el negro
Entró en ello inadvertido.
Dejóla al pié de un vallado,
Y fué á buscar lo perdido.
Viéndose la dama sola,
Fiada en su aliento mismo,
Tomó de Jerez la vuelta,
Y como en el propio sitio
Dejó la escala, por ella
Volvió á subir á su nido.
Desnudóse y acostóse
Con recato y con sigilo,
Sin dar á entender á nadie,
Como si no hubiera sido.
En esta ocasion el negro
Andaba dando gemidos,
Que atemorizaba el campo
Con reniegos y bufidos,
Pues el resto de la noche
Se llevó dando bramidos.
Se estuvo allí todo el dia,
Hasta que la noche vino,
En la cual pasó á Jerez
A la casa de un amigo,
Otro negro como él,
Que tenia un mesoncillo,
Al cual el caso le cuenta
Para darle finiquito.
Ya Doña Violante habia
Aquel mismo dia visto
A su descuidado amante,
Porque al dicho Don Isidro
Puso el descuido en cuidado
Hasta que á la dama vido.
Aquí fuéron de los dos
Las quejas y los delirios;
Diéronse satisfacciones
Los dos, hasta que Cupido
Volvió á unir las voluntades
Con mas estrecho cariño.
Citáronse aquella noche
Para ejecutar lo mismo,
Con cargo que habia de dar
Junto al balcon un silbido,
O frontero de su puerta
Con la boca, y no con pito,
Para que con esta seña
No haya otro engaño fingido;
Y así llevó el caballero
El santo, que ha de dar, fijo.
Pero volviendo, señores,
A nuestro negro Domingo,
Digo que buscó dos negros
Que rondasen de continuo
Toda la noche la puerta
De su amo Don Isidro,
Que él estaria á la mira
Con el rocin prevenido,
Y que los otros dos negros,
En viendo abría el postigo,
Al caballero le hagan
Vuelva adentro de improviso.
Hiciéronlo así los negros,
Y en aquel instante mismo
Fué á ver á Doña Violante;
Y fué el caso tan al vivo,
Que llegando á emparejar
Con el balcon, dió un silbido
Para parar el caballo,
Porque era rocin de brios,

Y fué lo bastante aquello
Para salir al proviso
La dama, y echar la escala,
Como diestra en el oficio.
Volvió otra vez á montar
A caballo con Domingo.
Picó el negro con cuidado
Y diabólico designio
Tomando el arroyo abajo,
Y á la Alcubilla ha cogido.
Hacia un levante fiero,
Con que la fortuna quiso
Que la mascarilla al negro
Se la quitó un remolino.
Cuando vió Doña Violante
Al negro, cegó y no vido:
Dejóse caer del bruto,
Dando mil voces y gritos.
Acuden luego los guardas,
Que estaban en aquel sitio
Cobrando de los arrieros
El portazgo del camino.
Viéndose perdido el negro,
Sacó muy enfurecido
Un trabuco, y á la dama
Le tiró con él un tiro.
Parten detras dél los guardas;
Y la dama, como vido
Que estaba sola, se fué,
Porque no la agravió el tiro.
Iba muy amarga y triste
Llorando, por donde vino;
Y en fin llegando á su puerta,
Desembocó Don Isidro
Por la plaza de la Yerba:
La dama, que oyó el ruido,
Juzgando que el negro era,
Tomó la escala de un brinco,
Y en su cama se metió.
Al tiempo que Don Isidro
Llegó al balcón, y paró
Con la seña del silbido.
A este tiempo llegó el negro,
Porque volvió enfurecido
Buscando á Doña Violante,
Y hallando allí á Don Isidro,
Cierran los dos á balazos
Sin apuntar, tiro á tiro;
Mas la razon le ayudó
A su amo Don Isidro,
Que el negro se escapó á uña
De caballo, mal herido.
Volvió al balcón con su dama,
Y por mas que enternecido
La habló, no quiso salir,
Con que se volvió aburrido.
Y así, discreto auditorio,
En el segundo corrido
Dará Juan Miguel de Fuentes
A este caso finiquito.

(Don Isidro y Doña Violante, etc. Pliego suelto.)

1280.

DON ISIDRO Y DOÑA VIOLANTE, Y EL NEGRO DOMINGO.—II.

(De Juan Miguel de Fuentes.)

Apénas el otro día
Se levantó Don Isidro
Fué á ver á Doña Violante,
Y con prontitud lo hizo,
Que el cuidado de su dama
Muy quejoso le ha tenido,
Por conocer entre sí
Su descuido inadvertido.
Salió Violante al balcón,
Que el mucho amor y cariño
Le obligó á ser amorosa,
Lo que él se esmeró en ser tibio.

Ya se supone que hubo
Aquellos afirmativos,
Si tú fuiste muy aguda,
Si yo anduve muy sencillo;
Y en fin, entre queja y queja
Se mezclaba enternecido
Amor, que les obligó
A quedar mas encendidos.
Salió de esta conferencia,
Se prevenga otro designio,
Y fué que dijo la dama:
—Dejémonos de ruidos,
Y mañana al ser de día
Voy á misa á San Isidro,
Y puede venir usted
Para el caso prevenido,
Y desde allí nos iremos
Donde usted fuere servido.
Convino en ello el amante,
Y con prontitud lo hizo.
Con otra mujer tapada
Se fué á casa de un amigo,
Para desde allí tomar
De Badajoz el camino
Púsole una mascarilla
A su dama, porque quiso
Salir con ella de día
Por los casos referidos,
Y porque no la conozcan
El rostro tapar le hizo.
Salió en el peso del día
Por junto á los Capuchinos
Al camino de Caúlina:
Iban con gran regocijo;
Mas cuando se vieron solos,
¡Qué felicisimos dichos
Se decían uno á otro,
Si unos buenos, otros lindos!
Fuéron á tener la noche
A ese nombrado cortijo
De Romania, y en él
Estaba el negro Domingo
Siendo guarda de á caballo
De todos aquellos trigos.
Así que vido á su amo
Se rebozó de improviso
En una capa, porque
Violante ni Don Isidro
Le pudieran conocer.
¡Hecho está un traidor muy fino!
Allá por la madrugada,
Cuando el caballero quiso
Salir para las Cabezas,
Al aperador le dijo
Si quería que un sirviente
Lo guiara hasta el camino.
Convino el aperador,
Y fué impensado el designio,
Pues fué el negro á quien nombró
El aperador sencillo.
El negro salió delante,
Y en vez de ir al camino
Los embocó en Sibalbin,
Adonde en lo mas sombrío
De un arroyo quiso el negro
Ejecutar vengativo
Su furia, con un ardid,
Que fué hacerse perdidizo
A excusas de oscura niebla
Que se levantó al proviso.
En aquellos lentiscas
El rocín de Don Isidro
En tierra cayó dos veces,
Y los dos se han mal herido.
Viendo el noble caballero
Este caso, al negro dijo:
—Hombré, dame ese caballo,
Hasta salir de este sitio.—
El negro le respondió,

Mudando el habla un poquito:
—Monte usted aquí á la señora
A las ancas, que del risco
Los sacaré en paz y en salvo,
Que es menester de este sitio
Saber bien los malos pasos,
Y yo los tengo medidos.
Parecióle al caballero
Este consejo sencillo.
El negro tomó á las ancas
La dama, y al verla consigo
Metióle piernas al bruto,
Haciendolo asombradizo.
Tomó todo el monte arriba,
Y por el mismo ruido
El otro bruto siguió,
Pero á poco perdió el tino.
Viéndose burlado el noble,
Como loco daba gritos,
Respondiéndole Violante;
Mas el negro enfurecido
Le dice: —Calla, ó te mato.—
Pero quiso el cielo mismo
Que á este tiempo su caballo
Cayó, y contra unos lentiscos
Le cogió una pierna al negro,
Metido el pié en el estribo,
Y salió Violante huyendo
En busca de su querido.
Hallárouse finalmente,
Y hasta que la aurora vino
Sin menearse estuvieron
Con sus armas prevenidos.
Mas apénas fué de día,
El caballero ha cogido
La vuelta de las Cabezas;
Que desde entonces no quiso
Andar un paso de noche,
Ni por fuera de camino.
Pasó á Utrera y á Sevilla,
Y luego á Badajocillo;
Mas siempre con pié de plomo
Sin echar de su sentido
Las astucias de aquel negro
O demonio enfurecido.
Así fué de día en día
Pasando á los lugarcillos,
En cuya ocasion el negro
Se agregó con diez bandidos.
Sabiendo que su amo estaba
En Badajoz acogido,
Se partió á Sierra-Morena,
Capa de tantos delitos.
Atajóle algunos pasos
De los mas amplios caminos,
Y al cabo de cinco días
Vino el noble Don Isidro
A pasar por esta sierra,
Aunque alguna cosa tibio,
Receloso de los casos
Que le habian sucedido;
Mas como es aquesta sierra
Tan penosa, iban lo mismo
El caballero y su dama,
Aun con algun regocijo.
Porque el caminar de día
En efecto es mucho alivio.
Mas Dios nos libre de quien
Nos aguarda vengativo;
Pues al pasar por la sierra
Salió con los diez bandidos
Aquel pertinaz demonio,
Mas que nunca enfurecido,
Diciendo al amo: — Señor,
¡Oh, nunca hubierais nacido
Para no veros ahora
En peligro tan no visto!
¡A ver si encontrais ahora
Defensa, achaque ó camino

Que os liberte y os defienda
De tan grande precipicio!
Y tú, melindrosa dama,
Que con engaños fingidos
Tanto de mí te has burlado,
Ahora de tí haré lo mismo.—
Don Isidro metió mano
A defenderse, y Domingo
Le dijo: —Tente, ó te mato
Con este trabuco mío.
Como la vida es amable
Se suspendió Don Isidro;
Y en fin, desmontó la dama,
Y maniató á su querido.
Mas ¡oh poderoso Dios,
Qué grandes son tus prodigios!
Pues llegando en este tiempo
Ese afamado caudillo,
El valiente Juan Moreno,
Tan piadoso como alivo,
Y viendo aquel asqueroso
Negro, tan feo é impío,
Quiso allí mostrar la sangre
De pechos tan bien nacidos.
Como conoció á la dama
Que estuvo en su lugar mismo,
Púsole puntos al negro,
Y aunque el perro huir quiso,
No pudo, porque Moreno
Le quebró un muslo de un tiro
Al negro, y cayó en el suelo,
Y los otros han huido.
Desligando al caballero,
Entre todos han cogido
Al negro, y por la bragada
Lo colgaron de un quejigo,
Y en la frente le pusieron
Un blanco papel, no escrito,
Que á balazos lo escribieron,
Tirando al blanco al morcillo.
Dijole Moreno luego
A su amigo Don Isidro:
—Tírele usted á ese negro,
Que despues yo haré lo mismo.—
Tírole el amo y erróle,
Y Moreno cuando vido
El yerro, con una bala
Le atravesó los sentidos.
Luego le tiraron todos,
Y por tirar tantos tiros
Todo el pellejo le hicieron
Criba, pero no de trigo,
Pues que por cada agujero
Le cabe un par de membrillos.
Dejaron este cadáver
Colgado en este sitio,
Y todos juntos tomaron
De Badajoz el camino,
Y en un lugar de la sierra,
Que está allí circunvecino,
Se celebraron las bodas
Con muy grande regocijo,
Y el valiente Juan Moreno
Fué de estas bodas padrino.
Y aquí Juan Miguel de Fuentes,
Discreto auditorio mío,
Os pide le perdoneis
Tantos yerros cometidos.

(Don Isidro y Doña Violante, Pn go suelto.)

1281.

DON CLAUDIO Y DOÑA MARGARITA.—I.

(Anónimo.)

Hoy, señores, hoy se alienta
Mi discurso por un rato
A referir las mayores
Penas, congojas, trabajos

De una principal señora,
La cual en un reino extraño
Vino á vivir de tal suerte,
Que su veida y estado
De padecer fué la causa,
Como lo iré declarando.
Estaba pues en la corte,
Siendo grande de palacio
De Francia, un gran caballero,
Cuyo nombre era Don Claudio.
Rendido de la hermosura
De esta señora, ha intentado,
Por lograr su estrecho amor,
Entrar en su mismo cuarto.
Por las tapias de un jardín
Hizo avance, y reparando
Era el alfombrado suelo
De aquel hechizo descanso
Con las flechas de Cupido,
Aunque no sin sobresalto,
Con fino amor atropella
Los términos del recato.
Entró en su cuarto, y apenas
Vido el sol tan á su salvo,
Con halagos y caricias
Sus finezas ha explicado.
Dijo entonces la señora,
El semblante demudado:
—¿Qué es aquesto, caballero?
¡Mucho aquesta acción extraño!
¿Qué buscas en mi retrete,
Exponiendo mi recato?—
Y el caballero responde:
—Señora, vengo buscando
Todo mi total remedio,
Cuando en fino amor me abraso.
Y no os admire que yo
Haga aqueste exceso, cuando
Viviendo solo en tus luces,
Me mantengo con los rayos.
Bien sabeis mi calidad,
Y es mi desco que en lazo
Del matrimonio se unan
Las calidades de entrambos.
Si os hizo Dios tan hermosa,
No extrañéis que mi cuidado
Se anticipe de esta suerte;
No puedo mas remediarlo.—
Dijole así la señora:
—Debajo de ese contrato,
Ya que habeis hecho el arrojito,
A vuestro gusto me allano.—
Estos fuéron los principios
Para que en estrecho lazo
Lograran del matrimonio
El efecto consumado.
Se efectuaron las bodas
Con el rumbo y aparato
Que en tal caso corresponde,
Segun el porte de entrambos.
Ya fenecidas las bodas,
Por mayordomo tomaron
Un mozo de mucho porte:
Don Alberto era llamado.
¡Demonio debió de ser,
Pues que entre los dos casados
Con su dañada intención
Introdujo tal estrago!
Fué preciso el ausentarse:
Su esposa y casa dejando
Y obedeciendo á su Rey,
Fué á la campaña Don Claudio.
Dejó en casa el mayordomo,
Junto con dos sus criados,
Para que á su esposa asistan
Y que estén á su mandado,
Y otras distintas criadas,
Y una dueña, que á su lado
No le falte á la señora,

Que es de la virtud dechado.
Quedó la noble señora
Con mucha pena y quebranto
Por la ausencia de su esposo
Al que estima y ama tanto.
Doblemos aquí la hoja,
Y vamos á que arrestado
El traidor del mayordomo,
Con pecho falso y dañado,
En lascivos pensamientos
Quiso emplear su cuidado;
Que quien tiene mala sangre
Obra en fin como villano.
Intentó, ¡gran desvergüenza!
Manchar traidor inhumano
El honor de la señora,
Su respeto atropellando.
Rompió el silencio la voz,
Y un día que salió al campo
Por divertir sus pasiones
Y dar treguas al cuidado,
Con la ocasión de asistirle
El mayordomo ha llegado,
Y con cifradas razones
Su maldad fué declarando,
Hasta que dijo: — Señora,
En fuego de amor me abraso;
Gocemos de la ocasión
Con la ausencia de mi amo.—
Esta mujer, muy prudente
Y con disimulo extraño,
Sin ser de nadie notada,
Esta respuesta le ha dado:
—¡Vive Dios, hombre traidor,
Si lo que dice, villano,
No entendiera que era chanza
Y que es lisonja del prado,
Yo misma te diera muerte,
Yo, si, te hiciera pedazos!
Reprima su fantasía,
Y agradezca que no hago,
Por solo excusar la nota,
Con él, un exceso extraño.—
Quedó Alberto muy corrido,
Suspense y avergonzado
Discurriendo en la ocasión
Vengarse como villano.
Vino el amo de la guerra,
Y en su esposa contemplando
Anhelaba por llegar
A su casa y á sus brazos.
El mayordomo traidor
Trazó un testimonio falso,
Que el gusto volvió en veneno
Y en rigor volvió el halago.
Bajó la noble señora
Por recibir en los brazos
Su dueño y querido esposo:
La casa se ha alborotado.
Bajaba también un paje
Que desde niño han criado,
Y delante de su ama
Va con una hacha alumbrando:
Bajaba Alberto también,
Y del demonio incitado,
Quiso lograr la ocasión
Que el tiempo le está brindando.
Se juntaron en la mesa
De la escalera, y sacando
Un puñal, le dió la muerte
Al paje que va nombrado.
Quedó la señora inmóvil
Viendo tan notable estrago,
Al tiempo que el caballero
Subía ya á su descanso.
—¿Qué es esto, dijo, qué es esto?—
Y el traidor disimulado
Ha dicho: — Aqueste traidor
En este sitio ha violado

Tu honor, y yo soy testigo;
Y así he querido vengarlo.—
La noble señora entonces,
Aumentando el sobresalto,
Amortecida cayó
A los piés de este malvado.
Entonces el caballero
Afligido y angustiado,
Lloraba su infausta suerte,
Todo el hecho confirmando.
¡Ay mi Margarita, dice:
Cómo lo que estoy mirando,
Con tanta evidencia, juzgo
Que no es capaz de tu estado!
Si en tí no hay culpa, desdícen
Los afectos inhumanos;
Pero no tiene remedio,
El cielo te dé su amparo.
Déjola, y al retirarse,
El corazón quebrantado,
Le ofrece el amor disculpas,
Que no admite el ser honrado.
Vuelta su esposa en su acuerdo,
Su pena va duplicando,
Viendo que en su esposo obraban
Los efectos del agravio.
No halla disculpa, ni halla
Con qué aclarar del villano
Su traición, ni halla tampoco
Por dónde salir del cargo.
Satisfacer con razones,
Diciendo lo que ha pasado,
No lo prueba, que es indicio
De que ella lo ha fomentado,
Y por disculpar su error
Quiere culpar al criado;
Y así no hallando remedio,
Todo lo remite al llanto.
Dijo su esposo: — A esa fiera
La habeis de llevar al campo,
Y de las mas altas peñas,
Cual precipitado rayo
La arrojad, y luego al punto,
Abriendo el pecho tirano,
Sacaréisla el corazón,
Y el un dedo de la mano;
Me lo traireis, porque quede
Satisfecho del agravio.
Vos, mayordomo, no iréis
A ejecutar mi mandado,
Porque aunque os preciais de fino,
Estáis muy apasionado.
¡Parece que el corazón
La traición le está mostrando!—
Dos criados la cogieron,
Y retirándose al campo,
Entre peñas y entre riscos
Con gran dolor le han entrado.
Van los dos muy satisfechos
De que es testimonio falso,
Y á la inocente del ama
Procuran dejar en salvo.
Dijo el uno: — Yo, señora,
Y el que me está acompañando
Somos leales y finos,
No homicidas ni inhumanos:
Quedaos vos aquí, y el cielo,
Que todo lo está mirando,
Volverá por vuestra causa.—
Y se despiden llorando.
Dijo la señora: — Hijos,
Ejecutad el mandato
De mi esposo, que no es justo
Que os suceda algun quebranto.—
Se fuéron á un hospital,
Donde una difunta hallando,
Le sacan el corazón
Para cumplir con su amo;
Llevando también el dedo,

Salieron de este cuidado.
Quedó la triste señora
Sola, alligada en el campo,
Preñada de nueve meses,
Y con dolores de parto.
Entre confusas angustias
Y rigor tan inhumano
Parió dos infantes tiernos,
Que al sol le quitan los rayos.
Pasó por allí una osa,
Y el un niño se ha llevado,
Y el otro que le quedaba,
Lo tomó su madre en brazos.
Toda mortal y sin fuerzas
Iba buscando en el campo
Donde cristianar el niño,
No muera sin ser cristiano.
Vido bajar á un pastor
Desde una altura á lo llano,
Que al fresco de una fuente
Viene el tal encaminado:
Que el cielo en tales conflictos
A nadie ha desamparado.
Llegó el pastor, pero viendo
Suceso tan impensado
Como la dama le cuenta,
Quedó admirado del caso.
En la cristalina fuente,
Teniendo el niño en los brazos,
Sobre su cabeza el agua
Limpia y pura derramando.
Dijo: — En el nombre de Dios
Padre, Hijo, Espíritu Santo,
Te bautizo, Valentin, —
Que es el nombre que le ha dado.
Llevó la triste señora
A su cabaña, y llegando
Se la entregaba á su esposa,
Para que con gran cuidado
La asista, cuide y regale,
Que está muy débil del parto.
Recogieron la señora,
Y á su hijo acariciando,
Dió en sus pechos alimento,
Dándole el pastor su amparo.
En el segundo romance
Se prosigue este fracaso.

(Don Claudio y Doña Margarita, Pliego suelto.)

Este romance y el siguiente han tomado su asunto de varias novelas caballerescas que se formaron sobre el contenido de cuentos tradicionales; pero en especial sobre una narración de principios del siglo xv, la cual, á pesar de sus anacronismos y disparates, ofrece mucho interés. Trata esta leyenda de las aventuras de Urson y Valentin, cuya madre fué Belisena, hermana del rey Pipino y esposa del emperador de Constantinopla... A esta princesa le acontece lo mismo que se supone á la Margarita del romance; mas en la leyenda se introducen otras mil aventuras que en aquel se descartan, sin lo cual habria tela cortada para muchos pliegos. El lance de sacar los ojos, el corazón, y cortar los dedos de las inocentes víctimas de la calumnia, para cerciorarse de su muerte, y lo de sustituirlos con otros de personas ya muertas, es muy común en las novelas caballerescas de los siglos medios: recuérdese la historia de Gaiferos, la de Santa Genoveva y la de algun otro romance de los aquí insertos, y se verá la frecuencia con que se repite esta combinación que si á nosotros nos parece inverosímil, no tanto se lo pareciera á nuestros antepasados. La mas curiosa diferencia que hay entre el romance y la leyenda, consiste en que el traidor sea en aquel un mayordomo de Claudio, y en esta el arzobispo de Constantinopla. En los siglos medios era muy frecuente que los novelistas, por agrada á los señores feudales, ultrajasen al clero que los combatía defendiendo á los siervos oprimidos. No es menos reparable que el fin de Valentin en la leyenda sea idéntico al de la vida de San Alejo tan apreciada por el vulgo.

Lope de Vega, que tanto amaba los romances y los cuentos populares, hizo sobre este asunto su drama de Urson y Valentin, hijos del rey de Francia; y entre los folletos que el vulgo lee todavía y venden los ciegos, se halla uno que refiere la misma historia.

1282.

DON CLAUDIO Y DOÑA MARGARITA.— II.
(Anónimo.)

Ya dijo el primer romance
Cómo quedó en la cabaña
Recogida esta señora,
Asistida y regalada
De los humildes pastores;
Y volvamos á que estaba
Con muy grande sentimiento
Don Claudio de ver la falta
De su bella Margarita,
La cual con ansias sobradas
Se acordaba por instantes
Del esposo de su alma,
Y de aquel infante tierno,
Que nació de sus entrañas,
Que fué el que llevó la osa
A la cueva; y la crianza
Que tuvo fué entre animales,
Entre bosques y montañas.
Vestido andaba de pieles
De animales; y era tanta
Su monstruosidad, que asombra
Con lo feroz de su cara,
Pues una clava traía
En sus hombros, que por armas
De defensa le servía,
Asombrando á cuantos pasan.
Cuantos le ven se amedrentan,
Los pastores se recatan,
Pues en viéndole se dejan
Solo el ganado que guardan.
Llegó á Paris la noticia,
Y Don Claudio se aprestaba
Para salirle á buscar:
Toma recados de caza,
Y parte con los monteros,
Llevándose en su compañía
Criados y mayordomo,
Y de esta suerte les habla:
—Voy á buscar esta fiera,
Que tanto asombra y espanta.—
Dándoles vista á los montes,
Permitió Dios que llegara
Adonde tuviese albergue,
Que la noche se acercaba.
Dijo el pastor:—Caballeros,
Aquella pobre cabaña,
Donde yo asisto, será
De ustedes casa y posada.
Suban por aquel collado,
Y en lo hondo en la hizada
Hallarán mi pobre choza
Donde penitencia hagan.—
Vino el pastor, y dispuso
De que luego al punto hagan
De cenar cumplidamente,
Por ser gente de importancia.
Don Claudio vió á Margarita,
Y reparando en su gracia,
Saltos le da el corazón,
Y sospechas le da el alma.
—¡Ay Dios, cómo se parece
Aquella hermosa zagala
A la triste de mi esposa,
Que en gloria tenga su alma!—
También Doña Margarita,
Toda confusa y turbada,
Ha conocido á su esposo,
Y de él mucho se recata,
Que teme ser conocida:
Aunque le llevaba el alma,
Grande recelo concibe,
Al ver cuánto la miraba,
De si viene á darle muerte,
Sabido que viva estaba.
Quiere ausentarse y no acierta,

Y en turbación tan extraña,
A la Virgen de la Paz
Muy fina se encomendaba.
Dijole luego á su hijo
Que á la gente preguntara
Quién era aquel caballero,
Por si ella estaba engañada;
Qué cuidado le traía
Por aquella tierra extraña,
Para salir de temores,
Y quedar desengañada.
Después ya de haber cenado,
El mozo les preguntaba
Quién era aquel caballero,
Que le lleva toda el alma.
Respondióle el mayordomo,
Sin recelarse de nada:
—Es un grande de la corte,
Al que Don Claudio le llaman:
Dicen que hay en este sitio
Una fiera tan extraña,
Que asombra á cuantos le han visto,
Y que al mundo alborotaba,
Y con aquesta noticia
Mi amo se encaprichaba,
Que este animal, muerto ó vivo,
No ha de escapar de sus garras.—
Se aseguró Margarita
En lo que tanto importaba,
Y sin faltar al recato
Muchas veces suspiraba
Viendo delante el traidor,
Y que estaba en la privanza
De su esposo, siendo ella,
Por su traición, desdichada:
—Del cielo venga el castigo,
Y vuelva por esta causa;
Descubriendo la verdad
Quede mi opinión sin mancha.—
Pasaron aquella noche,
Y á otro día de mañana
Salieron con el cuidado
De dar principio á la caza,
Para ver, si el monstruo encuentran,
Satisfecha su esperanza.
Con el deseo que llevan
Todo el monte paseaban,
Sin que se logre el intento,
Que Dios así lo ordenaba.
Viéndose muy fatigado
Don Claudio luego se entraba
En la choza ó caserío,
Sin que nadie lo notara.
Estaba su triste esposa
En un trasportal sentada;
Siendo raudales sus ojos,
Muchas veces los limpiaba.
—¡Ay esposo de mi vida!
Cada instante pronunciaba,
¡Quién te diera el desengaño,
Y se fuera en tu compañía!—
Quedó Don Claudio confuso
De oír cosa tan extraña,
Y sin que sea sentido,
Mas á escuchar se aplicaba.
Estando en tal confusion,
Vido que al corral entraba
Aquel mozo Valentín,
Y de esta suerte le habla:
—Madre mía, ¿qué es aquesto,
Que veo en vos tal mudanza
Después que vino esta gente?
Que es razón sepa la causa.—
Responde aumentando el llanto:
—Hijo mío de mi alma,
¿Qué ha de tener una triste
Que aquí se ve desterrada,
No muerta, por gran piedad
Viva, para mas desgracia?

Este noble caballero
Que vino á posar á casa
Es tu padre y mi marido,
Y no puedo hablar palabra.
Aquel traidor que le asiste
Mayordomo, allá en mi casa,
En ausencia de tu padre
Quiso que le diese entrada,
Y por no darle lugar,
Tomó una infame venganza:
Me levantó un testimonio
Con un paje de la casa;
Diciendo estaba conmigo,
Le dió muerte á puñaladas.
Tu padre que aquesto vido,
Dando crédito á la infamia,
Mandó luego á dos criados
Me traigan á esta montaña,
Donde me quiten la vida,
Y ellos me la dan de gracia.
Nacistes tú en estos montes
Con otro hermano en compañía,
El cual me llevó una fiera,
Sin que yo lo remediara,
Y de todas estas penas
Se ha refrescado la llaga.—
Quedó el mozo enternecido,
Y á su madre consolaba;
Pero viendo esto Don Claudio,
De puro gozo lloraba:
Disimuló cuanto pudo,
Y viendo traición tan clara
Del infame mayordomo,
Solo aspira á la venganza.
Valentín se sale al campo,
Y al mayordomo buscaba,
El cual venía rendido
De andar buscando la caza,
Y llegándose hacia él,
Le ha dado un puñalada,
Que cayó á sus pies tendido
Sin saber cuál fué la causa,
—Confiesa, dice, traidor,
El testimonio é infamia
Que á la ilustre Margarita
Le has levantado sin causa:
Ya vas á dar cuenta á Dios,
Mira, traidor, por tu alma.—
Todos se llegan por ver
Aquella acción tan extraña,
Y cuando los vido juntos,
Ha dicho aquestas palabras:
—Yo, señores, soy aquel
Que imputando de liviana
A mi señora, maté
Al paje que estaba en casa:
Fué este falso testimonio
Solo por tomar venganza
De aquella noble matrona,
Que es honrada, honesta y casta.
A todos pido perdón
Por Dios, por la Virgen santa:
Así lo alcancen de Dios
Y su Madre soberana.—
Quiso apurarle Don Claudio;
Mas todos se lo embarazan,
Haciendo que lo perdone,
Porque descanse su alma.
Después de haber espirado,
Los amantes se miraban,
Y de gozo y de contento
No aciertan á hablar palabra.
Y prorumpiendo el marido
Le dice:—¡Esposa del alma,
O es encanto cuanto miro,
O es ensueño lo que pasa!—
Sin poderse contener
Estrechamente se abrazan,
Y volviendo sobre acuerdo,

Pretenden con vigilancia
Buscar aquel monstruo que
Tanto horror y espanto causa:
Les previno Margarita
Que si acaso lo encontraran
No le hagan mal ninguno,
Que le da impulsos el alma
Que aquel ha de ser su hijo,
Y que así el cielo lo guarda.
Y discurriendo en el monte,
No dejau cerro y cañada
Que no lo midan á pasos,
Hasta que de entre las ramas
Don Claudio lo descubrió:
Vido que de entre unas matas
El mismo se fué á su padre
Por la inclinación humana.
Viendo tan grande prodigio,
Lo acaricia y lo agasaja:
No entiende lo que le dicen,
Pues no sabe hablar palabra.
Iba siguiendo á su padre
Hasta entrar en la cabaña;
Se fué derecho á su madre,
Y de ella no se extrañaba.
La osa, que le echó ménos,
Como una ovejuela mansa
Hasta entrar dentro en Paris
Fué siguiendo sus pisadas.
Hizo el caso tal ruido,
Que conmovida la Francia
Van á ver tan gran prodigio,
Y es jubileo la casa.
Enseñaron al hermano
De Valentín la cristiana
Doctrina, y le bautizaron,
Y desde entónces le llaman
Ventura Orson, y su padre
Al instante luego manda
Que á la Virgen de la Paz,
En hacimiento de gracias
De este suceso feliz,
Una lámpara le hagan
Que pese cuarenta libras
De plata sobredorada;
Dió á los criados mil pesos,
Dos mil al de la cabaña.
Y ahora pide el poeta
Perdon de sus muchas faltas.

(Don Claudio y Doña Margarita, Pliego suelto.)

1283.

ROSAURA LA DEL GUANTE Y DON ANTONIO NARVAEZ.— I.

(Anónimo.)

A olvidar vanas memorias,
A divertir pensamientos,
A dar principio á mis ansias,
Esto es verdad y lo cierto,
Sali pues una mañana,
Cuando abril de flores lleno
Consuela con sus fragancias
Los valles, montes y cerros.
Alegre me divertía
En la maleza, y saliendo
Dándoles vista á unos montes
Donde pasa un arroyuelo
Que en azogados cristales
Sirve á una selva de espejo,
Y mirando á sus corrientes,
En una sombra me siento.
Al cabo de breve rato
Que estaba sentado, observo
Que bajaba por el agua
Un guante, á quien yo de presto
Lo saqué de la corriente,